

La idea de volver

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: ilustración © Irene Pérez

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Diego del Alcázar Benjumea, 2026

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 979-13-88032-63-9

Depósito legal: M-13.705-2026

Impreso en Cofás

*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Diego del Alcázar Benjumea

LA IDEA DE VOLVER

 Siruela

Nuevos Tiempos

*A mis padres*

*A mi hermana*

«Lo nuevo tiene que ser exaltación ejemplar, pura, sentimental, libre, de lo que queríamos que fuera nuevo cuando protestábamos de lo viejo».

MANUEL LLANO

*Creo que una hoja de hierba no es menos  
que el día de trabajo de las estrellas,  
y que una hormiga es perfecta,  
y un grano de arena,  
y el huevo del régulo  
son igualmente perfectos,  
y que la rana es una obra maestra,  
digna de los señalados,  
y que la zarzamora podría adornar  
los salones del paraíso,  
y que la articulación más pequeña de mi mano  
avergüenza a las máquinas,  
y que la vaca que pasta, con su cabeza gacha,  
supera todas las estatuas,  
y que un ratón es milagro suficiente  
como para hacer dudar  
a seis trillones de infieles.*

WALT WHITMAN,  
«Una hoja de hierba»

## Uno

«[Fausto]. ¿Habré de leer, quizá, en miles de libros, que por todas partes los hombres se torturan y que aquí y allá hubo uno feliz?». ».

GOETHE

Todos seremos perdonados.

Soy montañés. Tengo manos curtidas por la tierra. Aquí, entre estas montañas y estos *praos*, he pasado mis días labrando los campos y cuidando de mis vacas, todas tudancas y frisonas. Aunque humilde y sin estudios, siento dentro de mí un anhelo, una sed por saber y un deseo por entender los misterios de la vida. La sabiduría que busco a veces está en los libros, pero sobre todo está en la tierra, en el cielo, en el *rutar* del viento y en el canto de los pájaros. Ansío más, siempre más, pero mi ambición no es para grandezas ni para riquezas, sino para conocer y comprender el alma de los hombres como yo y los secretos de la naturaleza que me rodea. Tengo buen olfato, no para el oro, sino para la verdad. Y la busco desde aquí, desde mi humilde rincón del mundo.

Soy montañés. Antes de mí, antes de nuestras gentes, antes de todos los hombres, aquí no había nada. Al principio solo estaban los riscos y el verde de los *praos*, el sol, el azul del cielo, y treinta y dos nubes —una por cada valle—. Nada más. Por no haber no había ni árboles, solo pasto. Solo se veía en las *brañas* tierra yerma y algunos *ramillucos* que no se podían lla-

mar ni árboles ni nada. Luego vino la Diosa —sí, sí, la Diosa—, y vio los campos tan baldíos que no pudo soportarlo. Necesitaba algo donde posarse, necesitaba vida con la que dar vida, alimento para que otros seres pudieran nacer o florecer gracias a los árboles. Y así fue como un día dio una orden, declamó un conjuro en verso que todavía conserva el eco de su voz en las cuevas de la cordillera Cantábrica, esas cuevas donde algunos hombres —antes de nuestros hombres— pintaban animales que hoy ya ni existen. Y con esa orden nació la primera cueva, una cueva grande y oscura. A mí me parió esa cueva.

No es que mi madre, que en paz descanse, me pariera en la cueva. No... Es que me parió la cueva. ¿Loco? A mí me lo dijo mi *güelu* y a él el suyo, con lo que algo de verdad habrá, aunque igual no toda. En cualquier caso, esa cueva es tan fértil que ha parido otros bichos, con lo que bien podría haberme parido a mí también. Además, entre grieta y grieta hay unos huecos donde se dejan unas semillas que son como *ráspanos*, y esas semillas van creciendo poco a poco hasta que cogen el tamaño de una cría, y los días de luna las madres reciben la llamada de la Diosa y las van a recoger, siempre y cuando nadie las vea. Por extraño que parezca, aquí funciona así, no sé cómo será en otras partes.

Soy montañés. No solo me parió una cueva, sino que me enseñó a ordeñar, a segar al *dalle* y a *mudar* las vacas en verano donde las *brañas* más altas, y en invierno, cuando la nieve, a refugio donde los valles más bajos. También me enseñó a refugiarme en los *invernales*, donde mi *güelu* también buscaba abrigo. Chozas de piedra que son guardianas del ganado, guardianas de los pastores, pero, sobre todo, guardianas del tiempo. La cueva que me parió me enseñó a ordeñar las vacas, y con esa leche fresca me enseñó también a transformarla en queso o mantequilla. La cueva que me parió me armó con una azada para trabajar mis tierras, para arrancar de ellas *la maíz* o las alubias, y para *arrumar* el heno. También me enseñó a llevarlas a *belorta*. Así hemos vivido siempre. Los míos y yo.

Soy montañés. En las noches serenas, alrededor del *llar*, los paisanos compartimos historias y leyendas, recordamos a los nuestros y a los de más allá. Yo creo en la Diosa, *ya dije...* Sí, creo en nuestra Diosa, la de los montañeses, la que dio origen a todo, la que con su solo tacto creó esta tierra, y la que con sus versos sembró árboles y también animales, *rámilas* en los montes y *caelias* en los mares, sembró *colorines* y *tasugos*. Sembró hasta el cielo... Y sí, también las historias. La Diosa sembró todas las historias y las leyendas de la *tierruca*. La Diosa no tiene nombre, pasó tanto tiempo que a ella también se le olvidó su propio nombre, por eso le decimos la Diosa, sin más.

Soy montañés. Y los montañeses creemos en las leyendas del bosque. Creemos que en él habitan seres mágicos. Algunos dan miedo, otros no, pero son nuestros seres. Que se anden con ojo los que caminen por un bosque de Cantabria, pues mil bestias los mirarán. Bestias como el *ojáncanu*, que con su único ojo en el centro de la frente y sus largas barbas, se va camuflando con las *cagigas*, o con las alisas, o con los abedules incluso, y aparecen de repente en las *camberas* para asustar, o peor, para matar. No se sabe dónde habitan, pues los bosques de la *tierruca* son tan espesos que no se pueden penetrar. Pero los he visto, sí, yo los he visto entre los nogales. Conmigo no se atreven porque me parió una cueva.

También hay *anjanas*. Hay trescientas *anjanas* solo en el Saja. Brujas, sí, pero buenas. La *tierruca* está atestada de brujas. En general tienen los cabellos largos y espesos y los ojos verdes, aunque las más especiales tienen un ojo verde y otro azul, pero esas no son tan buenas, con ellas nunca se sabe, son imprevisibles.

Soy montañés. Mi madre me puso Fausto y en el pueblo me llaman el Quesero. Pues bien, la historia que voy a contar es la historia de una *anjana* y la de un *ojáncanu* —y también la de un *trenti* y un *musgoso*—. Es la historia de toda la magia que construye la realidad de por aquí. La historia que voy a contar es sobre algo hondo y escurridizo, algo que no se ve, pero que

siempre está. Algo que, sin que lo sepamos, nos lleva por un camino o por otro... Así es. La historia que voy a contar es, aunque no lo crean, la historia de un código.

No se trata de uno de esos códigos hechos de símbolos o de letras, ni de esos que se aprenden en las escuelas, ni siquiera de los que se dictan en las leyes. Nada de eso. Se trata más bien de uno de esos códigos verdaderos, de los que vienen arrastrados por las fuerzas antiguas. Un código de los que acechan entre la *pluya*, entre las ramas de las hayas, entre las piedras cubiertas de musgos y la hiedra que se enrosca en los troncos como la mano de un muerto. Un código que marca una realidad mágica.

Porque, aunque un código no es la realidad en sí mismo, es la forma que tenemos de entenderla, de contarla y de vivir dentro de ella. ¿Y qué será de esa realidad cuando no estemos? Se esfumará... Y para que eso no pase, habrá que pactar con aquellos que puedan llevar la responsabilidad que les es transmitida. Porque todo, al final, forma parte de un gran pacto. Un pacto que todos los hombres hacemos sobre cómo queremos seguir viviendo en los que vienen detrás. No se trata de un pacto de esos que se sellan con tinta y rúbrica, sino de uno de los de verdad, de los que atan el alma con nudos que ni el tiempo puede deshacer, de los que encomiendan al destino la más alta de las misiones: la de seguir recorriendo las *camberas* viejas, la de cruzar los puertos y bajar por los senderos entre los *escajos* y las *argumas*. La responsabilidad, en definitiva, de seguir el rastro de ese código invisible, mudo, que pronto será imposible de descifrar porque nadie lo podrá entender. Nadie, salvo quien haya tropezado con la realidad que trataba de traducir. Y por eso quiero contar esta historia: porque si alguien más llega un día a comprender lo que yo comprendí, tal vez estas palabras le sirvan de advertencia. O tal vez no.